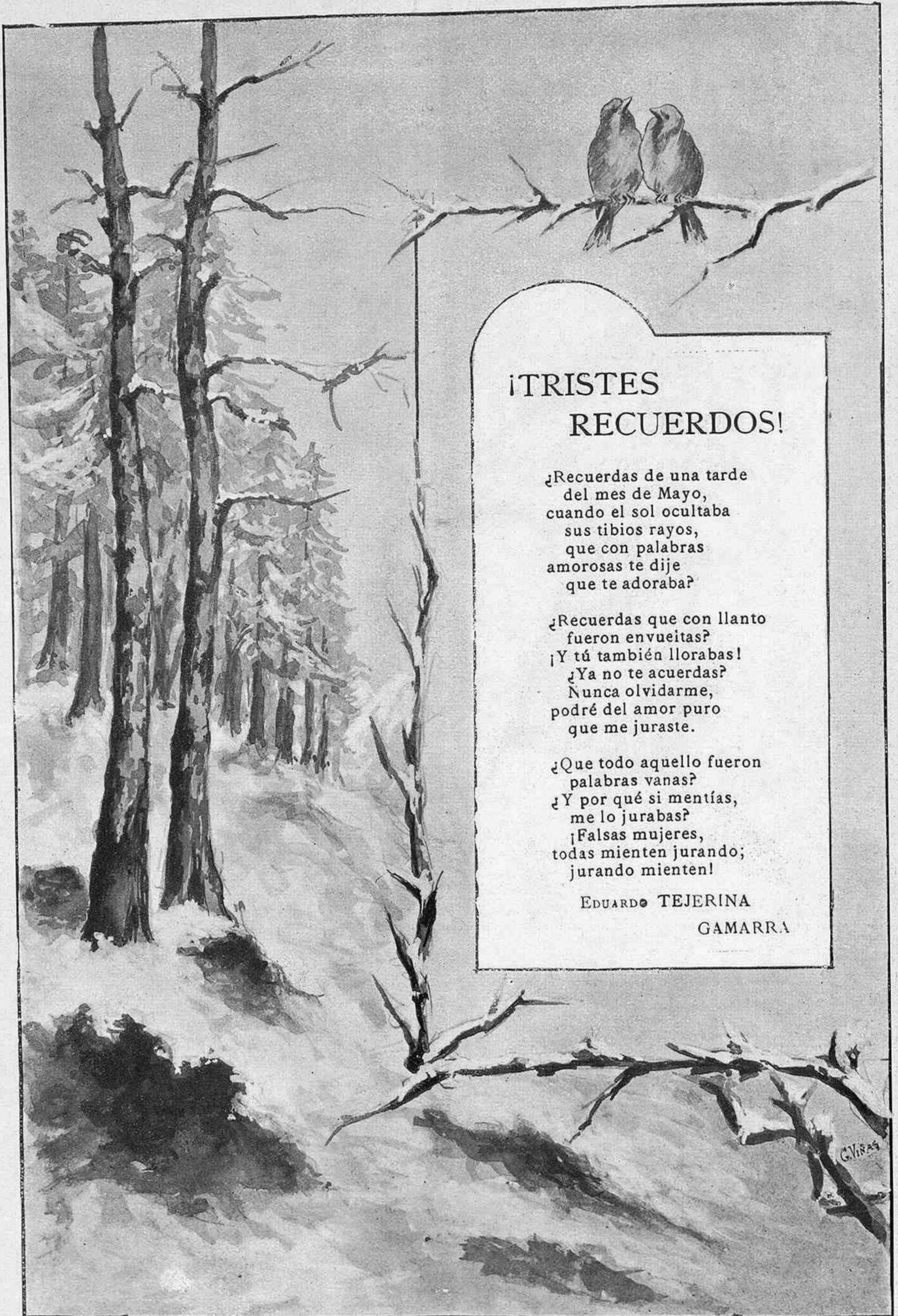




NÚM. 80



¡TRISTES RECUERDOS!

¿Recuerdas de una tarde
del mes de Mayo,
cuando el sol ocultaba
sus tibios rayos,
que con palabras
amorosas te dije
que te adoraba?

¿Recuerdas que con llanto
fueron envueitas?
¡Y tú también llorabas!
¿Ya no te acuerdas?
Nunca olvidarme,
podré del amor puro
que me juraste.

¿Que todo aquello fueron
palabras vanas?
¿Y por qué si mentías,
me lo jurabas?
¡Falsas mujeres,
todas mienten jurando;
jurando mienten!

EDUARDO TEJERINA

GAMARRA

Van juntos en su berlina de camino á darse su paseito matinal respirando el aire puro del campo, con ese cuidado de la propia salud peculiar en los matrimonios sin hijos á quienes no quita el sueño la fragilísima de los niños, naturalezas en continua evolución. La dama tendrá sus cuarenta años y su esposo la llevará apenas dos ó tres. Ambos son apuestos y, por si no bastara el carruaje, la ropa que llevan encima revela su posición desahogada. No hablan. Cada cual mira por la ventanilla que tiene á sulado. De pronto, ella coge del brazo á su marido.

DAMA. (Con viveza). — ¡Mira, mira Luis!

LUIS. (Siguiendo la dirección indicada por su esposa). — ¿Qué es eso Juana?

JUANA. — Cuatro cabecitas de un cuadro de Rafael.

LUIS ve en el andén del camino, bajo una acacia, en si'a y esperando que pase el coche, cuatro niños, de estaturas desiguales aunque con corta diferencia en la talla. Dos son varones y dos hembras, con amplios sombreros de batista ellas que les hacen parecer pantallas de moda, vivas. Su madre, un facsimil de más edad, aunque todavía en plena juventud, de los cuatro rostros infantiles, detrás de la prole, cuida de contener su impaciencia.

LUIS. — Qué muñecos tan guapos.

JUANA. — ¡Pero si es Luisa, mi antigua compañera de pensión!

(Tira del cordón del pescante á la vez que saca el

cuerpo por la ventanilla llamando á su amiga. Esta lanza una exclamación de sorpresa y las cuatro cabezas blondas miran alternativamente á su madre y á la dama. El coche se detiene y Juana se apea, seguida de su marido.

JUANA. (Estrechando á su amiga y besándola). — ¡Vaya una sorpresa que me reservaba hoy la Moncloa!

¿Pero toda esta chiquillería es tuya? Mi marido. (Presentándolo).

LUISA. (Saludándole y con regocijado acento). — ¡Toda, hija, toda! Llevo cuatro años de matrimonio; á chico por año. Para un teniente de ejército no es poca impedimenta.

JUANA. — ¿De modo que por fin te casaste con aquel muchacho de infantería?

LUISA. — ¡Me casé!

JUANA. — Pero á ti te gustaban mucho los chicos.

LUISA. — Y me siguen gustando. ¡Que la paga viene un poco apretada, que hacen falta ocho pares de botas al mes... ¡Bah! ¡Dios proveerá! Pero en cambio, siempre rodeada de ellos. Vivo en medio de una ola de alegría. Y tú. ¿No tienes ninguno?

JUANA ha oído en silencio esta pintura, brotada del amor mater-

nal y coreada por cuatro sonrisas de niño. Pero al escuchar la pregunta directa, su contrariedad se manifiesta en una expresión de tristeza.

JUANA. — Ninguno; y deseándolos con toda mi alma. Mi marido es buenísimo y también los desea; pero, por otra parte, no somos ricos, los hijos resultan



caros. Por ellos mismos no quisiera tenerlos hasta terminar de hacer nuestra posición...

Un rato de coloquio, promesa mutua de verse y Juana

y su marido tornan al coche, mientras «la ola de alegría» se aleja preguntando todos los chicos á la vez quién es esa señora.

* * *

Han pasado seis años. El marido de Juana ha sido nombrado gobernador civil de una provincia y, al día siguiente al en que ella se ha instalado en la capital, el ordenanza destinado á las habitaciones particulares de su excelencia entra á la señora una tarjeta en la que lee: Luisa Ramirez de León.

JUANA. (Lanzando una exclamación de alegría).—¡Que pase en seguida! ¿Viene sola?

Ordenanza. (Sonriendo). — ¡Lo que es como sola! ¡Ya verá V. E. la gente que trae!

Sale el ordenanza y á poco penetra en la habitación Luisa, con siete niños, de dos años el pequeño y de diez el mayor. El lustro largo transcurrido ha hecho engruesar á la madre, que se presenta fuerte y encarnada, un tronco que acaso poseerá savia para más ramas nuevas. Besos mutuos de las dos amigas y un chaparrón de ósculos después.

LUISA. — Te has quedado estupefacta, confíesalo.

JUANA. — Lo confieso. Esto es ya una tribu. ¡Lo que es como tu marido no sea lo menos comandante!

LUISA. — Capitán, hija, capitán. Y gracias. ¿Y tú? ¿Todavía no eres bastante rica?

JUANA. — No lo soy. Y confieso que me alegro. Me espanta la idea de que pudiera tener toda esta prole, sin medios de fortuna para sostenerla.

LUISA. — ¿Entonces tú no crees en que cada uno traiga bajo el brazo un pan?

JUANA. — No traen nada.

LUISA. — Pues bien, traen algo más precioso. Mírate tú, delicada y triste en tu desahogo y mírame á mí, fuerte en mi pobreza. Traen la alegría de la vida.

ALFONSO PÉREZ NIEVA



Ilustraciones de ARGEMÍ.

MI DRAMA

Han alzado el telón. Hermosa dama en una alcoba su hermosura ostenta. Pasa el tiempo: la dama se impacienta porque desborda de su amor la llama.

Luego su noble esposo, el sér que ama, á decirle:—«¡Al fin solos!»—se presenta, y al abrazarla, con pasión violenta, cae el telón... y se termina el drama.

Asombrado el lector de mi simpleza se dirá con acento desabrido:—¿Cómo termina el drama si ni empieza?

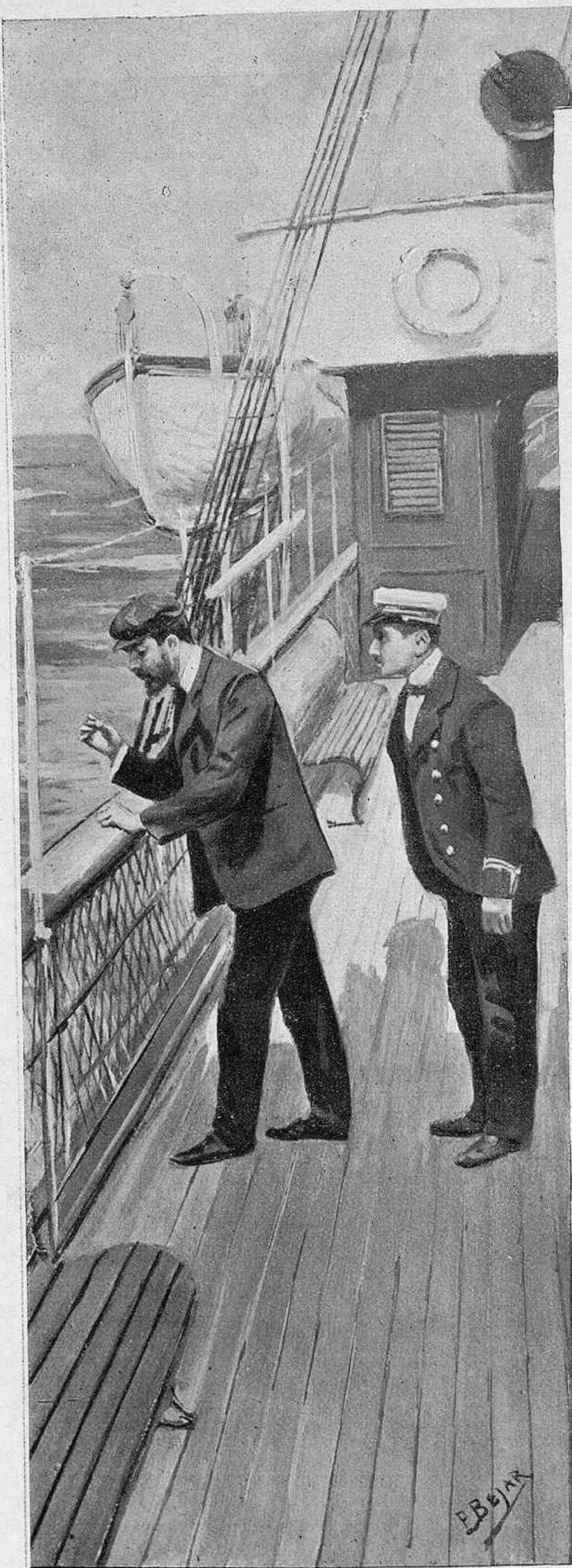
Y es que el lector á comprender no alcanza cómo esos seres que el amor ha unido acaban de matar á mi esperanza.

José CIBILS

Rosario de Santá Fe.



¡BUENAS TARDES, MAESTRO! — Cuadro de Nicolás Alperiz.



LA TRENZA

AL regreso de su largo viaje, mi primo me dice así:

«Te confieso francamente que abandoné Barcelona con cierto bárbaro placer. Puesto, como tú no ignoras, en la dolorosa alternativa de quedarme aquí devorando en silencio las fatales consecuencias que podía traer á mi ardentísimo brío juvenil un amor sin esperanza, ó á la redentora perspectiva de largarme á extraños países, en busca de lo desconocido, de distracción, de aventuras, del vellocino de oro, de ese porvenir *risueño* que me auguraban las gentes, ¡qué caramba! me decidí por lo último y, en calidad de oficial, me embarqué en aquel vapor que debía conducirme á Manila y de allí al Japón.

La primera escala que hicimos, fué en Port-Said, población novísima de mucho tráfico y con poco de notable, como no sean sus calles tiradas á cordel, y el monumento á Fernando de Lesseps, que avalora su puerto. La figura del inmortal ingeniero, en actitud de mostrar al absorto navegante el Canal de Suez, su obra portentosa y ciclópea, hace pensar profundamente.

* * *

Sobre el yunque de mi voluntad procuré doblar mi carácter de suyo excéntrico y enemigo á la sazón del trato humano, y me propuse alternar con toda la gente que en tan larga travesía me acompañaba.

Uno de los viajeros que más logró intrigarme fué el ingeniero Piña, hombre de mediana estatura, de bigote entrecano, aunque de aspecto joven. No puedes, prima, imaginarte la atracción de su rostro noble y expresivo, y de sus ojos inteligentes, sombreados por una indefinible melancolía. ¿Creí notar cierta misteriosa correlación entre él y yo, entre mis tristezas y las suyas? ¡Quién sabe! Es el caso que el tono vanal y ligero que había dado en usar con cuántos me rodeaban, se trocaba en serio y respetuoso al dirigirme á él. Dúsmal, oficial como yo de aquel vapor y á quien me unen, desde entonces, lazos de amistad, me habló de Piña con entusiasmo, ponderándome lo mismo su hombría de bien que sus sentimientos nobles y generosos; así el lucimiento de su carrera, como lo bien quisto que era entre cuantos le trataban. El ingeniero, según mi amigo, después de haberse pasado siete años en Filipinas al lado de una rica mestiza, con quien casó y de quien hubo cuatro hijos, había sido llamado á España por asuntos á su carrera pertinentes, y, tras ocho años de ausencia, regresaba á Manila con intención de reunirse á su mujer y á su prole.

Es indudable que merced á ciertos fenómenos psíquicos, por que á veces pasamos, se determina en nuestro ánimo esa percepción sutilísima que nos induce á preconcebir y á deslindar causas extraordinarias, en las que ni siquiera habíamos soñado, y que ahora nos alucinan bajo las apariencias de la realidad más inconcusa. En mi espíritu, como sobre tierra removida en la que todo arraiga, se desenvolvían prodigiosamente las ideas, y, ¿cómo creerás que una de las que con más tenacidad consiguió dominarme fué la de fingirme

en el tal Piña á un héroe de una de esas frecuentes lides del corazón al frívolo mundo inasequibles?

Por vía de un tan oficioso como egoísta esparcimiento, me decidí á espiarle, esperando dar con algún indicio que respondiese á mis sospechas.

Ibamos desembocando felizmente el gran canal dejando atrás los áridos desiertos que defienden sus orillas, desiertos monótonos, interminables, en los que por milagro descubre la sedienta caravana que cruza sus arenas, un oasis: aún reverberaba en mi retina la grata visión de la pintoresca Ismailia, población toda ella oriental que aparece en medio de aquellos páramos como un palacio encantado, como un sueño que suspende dulcemente el ánimo del fatigado navegante como nota alegre de soñadora vida, cuyo eco se pierde entre palmeras gigantes;... ya, á todo esto, iba llegando la noche cuando nos vimos obligados á fondear en el gran *Lago Amargo*, lago en cuyas aguas se concentra una tan compacta masa de sales que con dificultad el cuerpo que en ellas cayese llegaría al fondo.

Difícil me sería explicarte la variada suerte de ideas que asaltóme á presencia de ese lago, y más cuando, á la salida del día, de un día espléndido, reparé en que sus orillas se hallaban plagadas de cuervos, mientras el naciente sol parecía divertirse envolviendo en un nimbo de oro á esas aves de lúgubre aspecto y en una dulce y prolongada caricia las amargas aguas.

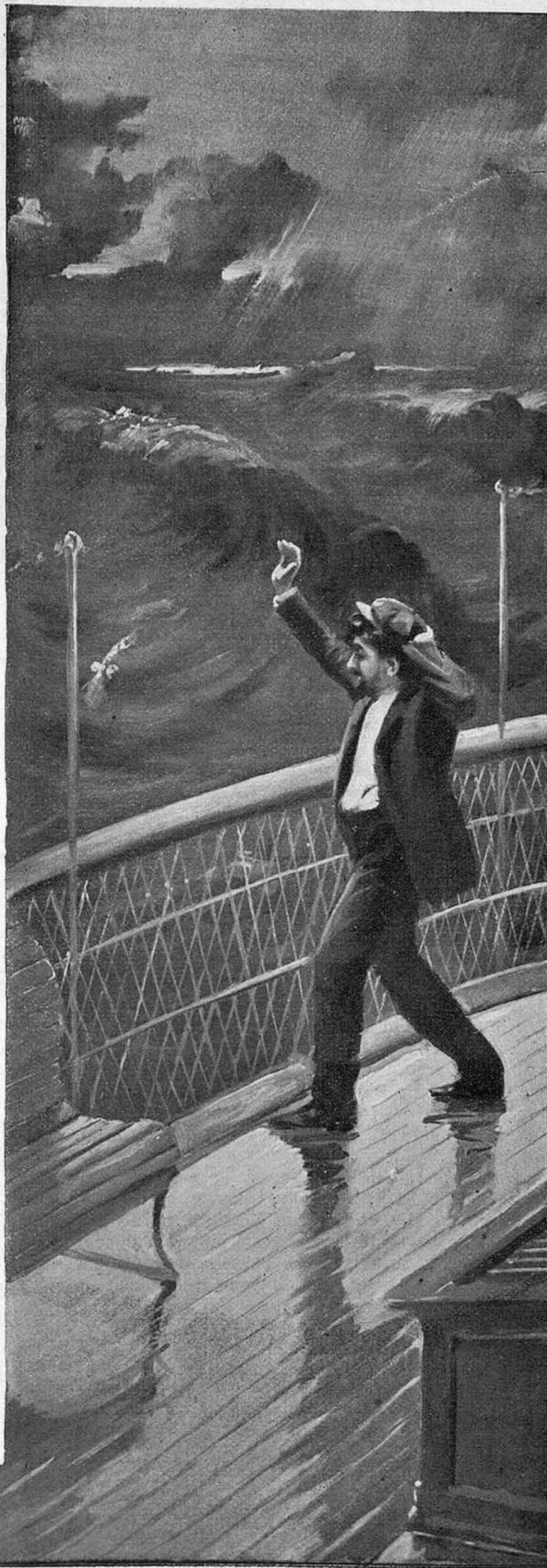
Instintivamente busqué á Piña y hallé tan ensimismado en la contemplación de *algo*, que, presa de irresistible curiosidad y con cuidado de no ser visto, acerquéme á él aventurándome á mirar por encima de sus hombros. En el dedo anular de su diestra llevaba una sortija con una piedra azulada en la que se veían grabadas dos iniciales; por medio de invisible resorte, Piña hizo que la piedra se alzase, quedando entonces al descubierto una preciosa miniatura de mujer, cuyos rasgos fisionómicos no podían negar la gracia y la donosura españolas. Los labios del ingeniero, se posaron con cierto religioso fanatismo en el esmalte sobre el que volvió á caer la piedra como una losa.

En el mismo instante, Piña se volvió á mirarme, pero yo fingíme distraído, enfrascada toda mi atención en las maniobras de mis súbditos.

Pasamos sin novedad por delante de Suez, pero al llegar al Mar Rojo, se desencadenó hacia el Sur tan terrible temporal que creímos sucumbir. Aprovechándose de la agitación que doquiera reinaba, llegóse Piña á un extremo del vapor y, sacando con rapidez un pliego de sus bolsillos, extrajo de éste algo que arrojó furtivamente al agua después de apretarlo por algún tiempo contra su boca. A pesar de la distancia que nos separaba, yo lo distinguí: era una trenza rubia que las tumultuosas olas devoraron al punto. Como alucinado por súbito remordimiento, Piña la siguió con la mirada hasta verla desaparecer. Observé entonces que su rostro se cubría de palidez cadavérica, mientras que con amarga ironía se fijaron sus ojos en el Monte Sinaí que se levantaba á lo lejos como evocación bíblica, arcano de los tiempos, esfumado bajo el brumoso velo del horizonte...

Y cuando, lejos ya de aquella mar encrespada, nos sentimos en el de las Indias dulcemente impelidos por el monzón del N.E. que imprimía al vapor voluptuoso vaivén; cuando, distantes ya de Colombo, regocijaba á los viajeros la ilusión de la próxima llegada á Manila, viendo entre ellos á Piña cada vez más taciturno, me acordé retrospectivamente del *Lago Amargo*, de aquella hermosa miniatura de mujer que me traía á las mientes suspirados instantes de mi España .. y pensé en la dorada trenza sepultada en el Mar Rojo, custodiada por aquel Sinaí en donde el Supremo Bien diz que entregó á los hombres la clave de la Verdad.

JOSEFA CODINA UMBERT





LAS REGATAS

PERU Juan era un perfecto borracho.

No cabía aducir á su favor la tan socorrida disculpa de que, alejado de su país por tal ó cual causa, habíase maleado con el roce de gentes de depravadas costumbres, en tierras donde la religión era letra muerta y donde el vicio y la disipación son moneda corriente.

Peru Juan, vascongado de pura raza, nacido y criado en Orio, Guipúzcoa, y sin haber salido de su pueblo más que una vez en su vida, cuando en viaje de boda pasó dos días en San Sebastián, se emborrachaba cual otro cualquiera mortal y su vino era un vino endemoniado.

Apenas pasaba día, sin que al regresar á su casa, ébrio como una cuba, no produjese un verdadero escándalo con sus gruñidos y palabrotas mitad vascongadas, mitad castellanas, escándalo que á la postre terminaba por pegar una regular paliza á su mujer, sér infeliz á quien azares de fortuna llevó á aquel lugar del país vasco, desde el rincón de Castilla, donde naciera.

La *Maketa*, así llamaban á aquella mártir de la sidra y el peleon, sufría y callaba en silencio y con mansedumbre y constancia heroicas, multiplicábase en sus tareas domésticas y trabajaba sin descanso en la ruda y fatigosa tarea de remendar redes y vender pescado, sin abandonar el trozo de huerta que, al lado de su casucha, cultivaba y que con pobres frutos ayudaba al sostenimiento del matrimonio y cinco chiquillos, á quienes en balde su madre procuraba tener con un traje remendado y la cara limpia.

Peru Juan era pescador, y si bien la mayor parte de los días encontraba medio de eludir su faena, en cambio todas las horas le eran buenas para sentarse en la taberna y vaso á vaso desbaratar el fruto de los sudores de la *Maketa*.

Además Peru Juan, como la mayoría de sus compañeros, sentía decidida pasión por el juego y las apuestas, y cuando no era el mus ó el tute el que vaciaba su escaso bolsillo, no faltaba algún pugilato

de *aizkolaris* (1), *pultzolaris* (2), ú otro espectáculo semejante, en el que perder algunas pesetas.

En la actualidad, su atención y cuanto poseía lo tenía interesado en las próximas regatas.

En muchas leguas á la redonda, no se hablaba de otra cosa, aquella temporada, que del próximo regateo, que prometía ser célebre. Trece remeros de Orio debían medir sus fuerzas con otros trece de Zumaya, y aquella lucha, entre hijos de la misma provincia y del mismo oficio, tenía por completo enardecidos los ánimos.

Quince días hacía que unos y otros apercebíanse para la lucha, sometidos al mismo régimen y á los mismos cuidados que el *sportman* más escrupuloso pudiera someter á los caballos de su cuadra.

Interesados en la regata desde el alcalde hasta el último diablo del pueblo, habíanse abierto suscripciones á fin de deparar á los luchadores abundante y sólida comida, atendiendo á sus necesidades domésticas sin que ellos tuvieran otra cosa que hacer que darse buenos paseos y remar todas las tardes una distancia convenida, á fin de adquirir soltura y hallarse ágiles para el momento de la prueba.

Amaneció por fin el día en el que tantas familias habían de verse arruinadas por completo y en el que otras muchas saborearían los halagos de la fortuna, viendo duplicados sus modestos capitales. Porque conviene advertir que, constituyendo para todas aquellas gentes un capital la posesión de una lancha, un bote, una red, una vaca ó un simple aparejo de pescar, todo lo habían arriesgado, no faltando quien se jugara el modesto ajuar de su casa y, en último caso, los productos de su trabajo durante todo el año siguiente. (3)

(1) Jugadores de hacha.

(2) Especie de atletas, que juegan al pulso.

(3) Se ha conocido este caso.

Peru Juan, era uno de los más convencidos del triunfo de los marinos de Orio y en su travesía con dos marineros de Zumaya había incluido, á cambio de un bote no malo y una red en buenas condiciones, el pedacito de tierra de labranza que poseía y su propia vivienda, último resto del modesto patrimonio que le dejaron sus padres y que él había disipado en la taberna.

El día de la regata era domingo; desde la mañana un calor sofocante hacía pesadísima la atmósfera, y frecuentes ráfagas de caldeado viento sur elevaban gruesas columnas de polvo de la carretera haciendo irrespirable el aire. Nada anunciaba, sin embargo, un próximo temporal.

La plaza de Orio hallábase animadísima después de misa mayor y á la algarabía de la gente que comentaba el indiscutible triunfo de los suyos, uníase el confuso tropel del rodar de carros y coches que se ofrecían á llevar la gente á Zarauz, lugar donde debía jugarse la apuesta.

Peru Juan que, desde primera hora y en unión de dos íntimos, había bebido hasta el punto de resultarle estrecha toda la carretera, fué de los últimos en abandonar el pueblo, ocupando un asiento en la vaca de una diligencia y expuesto á cada momento, con los vaivenes de ésta, á rodar y abrirse la cabeza.

La *Máketa* con sus cinco chiquillos quedó en casa arreglando el burdo traje que al día siguiente debía llevar su marido, para dedicarse á las faenas de la pesca.

Al llegar Peru Juan á Zarauz, la regata había comenzado.

La hermosa y amplia playa de aquella pintoresca villa hallábase totalmente cuajada de espectadores, quienes se disputaban los mejores puestos, tanto allí, como desde las murallas del puerto, desde la carretera y desde los terrados y azoteas de las fondas y hoteles que á la playa rodean.

La lucha era titánica; tres millas de ida y tres de vuelta, bajo aquel sol abrasador que pesadamente dejaba caer sus rayos como plomo derretido. De salida, la trainera de Zumaya había adquirido considerable ventaja sobre su rival, pero ahora ya no se las distinguía.

Dos puntos á lo lejos que semejaban en el subir y bajar de sus



remos dos grandes pajarracos moviendo acompasadamente sus alas á flor de agua.

Un ¡ah! general acogió la vuelta á la bandera de ida. La distancia no existía, ó por lo menos era insignificante, pues ambas traineras, á la par, habían doblado la señal.

El interés crecía por momentos. Las lanchas se aproximaban y el paralelismo, al decir de los que poseían buenos gemelos marinos, era perfecto.

Y en una y otra trainera sus tripulantes sudorosos, jadeantes, casi desnudos, con los ojos enrojecidos y á punto de saltar de sus órbitas, desangrándose por el rudo roce contra los bancos en sus movimientos rítmicos, perdida casi por completo la noción de su existencia, se anhelaban y maquinalmente se inclinaban, ora adelante hundiendo con desesperación sus remos en el agitado elemento, ora hacia atrás levantando gruesas burbujas de agua al sacar aquellos.

La emoción entre los espectadores era inmensa. Apenas faltaba media milla y la ventaja no se señalaba ni por unos ni por otros. Las lanchas, como sujetas al mismo plano, corrían, se deslizaban, volaban sobre el agua.

De pronto, en la lancha de Orio falló un tolete; el marino que lo perdió cayó de espaldas rebotando con su cabe-



za sobre el remo del que detrás suyo se sentaba y le cortó la acción.

El patrón de Zumaya lo advirtió, y con un ¡hala, que es nuestro! dió tal energía á sus hombres que, realizando éstos un esfuerzo sobrehumano, hicieron botar, salir casi fuera del agua á su trainera y pasar la valiza con una diferencia que apenas llegaba á media lancha sobre su rival.

El triunfo era de Zumaya, y la lancha victoriosa, abandonada á su impulso, se deslizó hasta muy cerca de la playa, teniendo sus tripulantes en alto los remos, en los que el agua que goteaba, al recibir los rayos del sol, producía mil caprichosos reflejos plateados.

* * *

—De ellos, pues esta casa no y *ahora tamien* si vienen ya sabrán y mañana *tamien*,—rugía Peru Juan en su chaparreado castellano y en el paroxismo de su borrachera.

—Acuéstate Peru, —gemía la desdichada *Maketa*, á quien el llanto apenas dejaba articular palabra.

—¡Calla!—gritó el borracho; —tú quieres calentar á mí y andar chillando. En tu tierra si estarías perra... ya verás *ahora*.

Y brutalmente, sin compasión á las lágrimas de aquella mujer ni á los gritos de terror de sus hijos,

la abofeteó cruelmente, enmarañándole el pelo y arrancándole algunos mechones.

Por fin, tambaleándose Peru, cayó en un rincón, donde aún largo rato siguió gruñendo y jurando, hasta que por fin el silencio reinó en aquella estancia.

* * *

Sobre las tres de la madrugada, las campanas de la parroquia en repique continuo despertaban sobresaltado al vecindario.

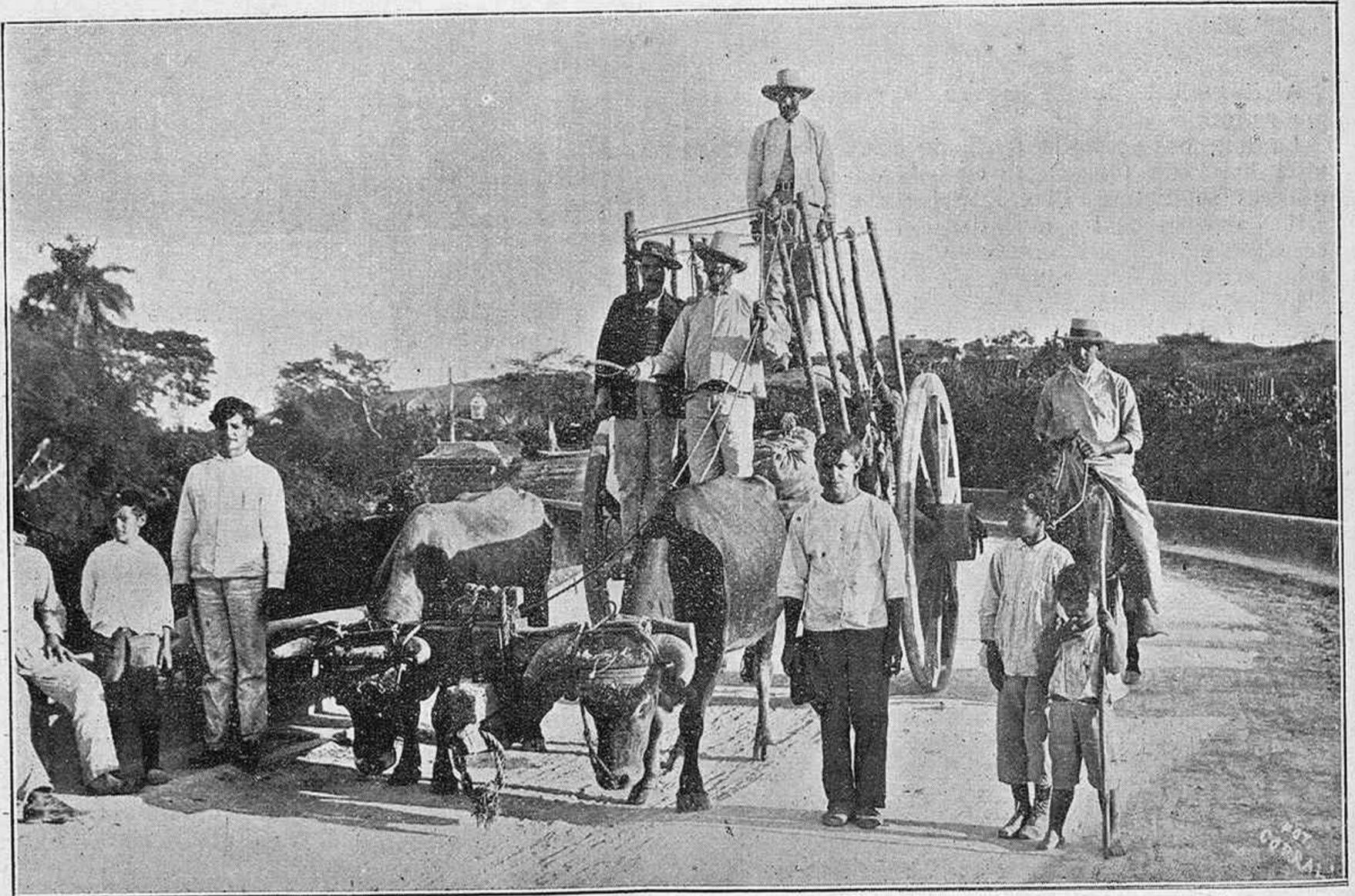
La casa de Peru Juan ardía por los cuatro costados y poco tiempo después, techumbre, paredes y todo se venía abajo, sin que fueran suficientes los esfuerzos que se realizaban para dominar el siniestro.

Los primeros en acudir, hallaron la puerta cerrada con llave, y por pronto que la echaron abajo, ya el interior se hallaba convertido en un horno, y fué imposible salvar á uno solo de aquellos infelices...

Más tarde y al dirigirse á su trabajo varios labradores, encontraron entre unas rocas el cuerpo de Peru Juan, con la cabeza destrozada. En su traje en desorden se advertían grandes manchas de petróleo y, al registrarle, le hallaron en un bolsillo la llave de su vivienda.

Al huir, borracho, loco, se había despeñado.

José M.^a DE TERAN



COSTUMBRES CUBANAS.

Fot. R. Corral y Martínez. (Habana).

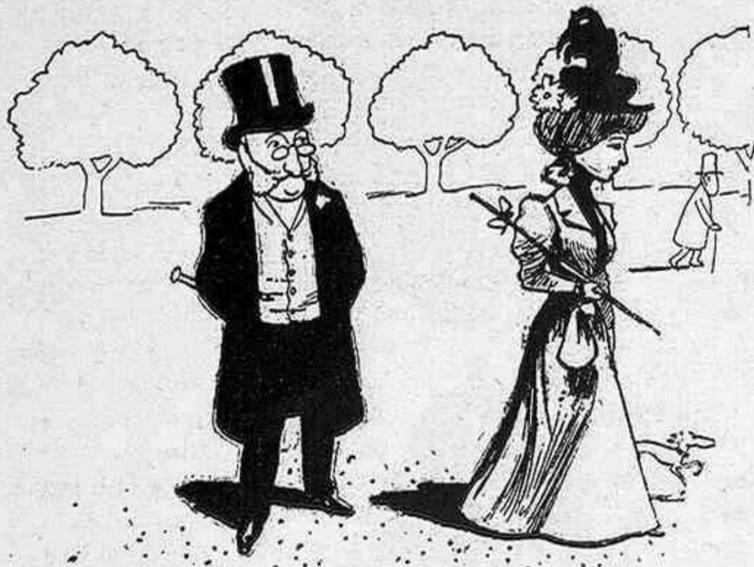
COPLAS

Quisiera ser rruiseñor
y hacer el nido en tu pecho,
y vivir de tus caricias
y respirar con tu aliento.

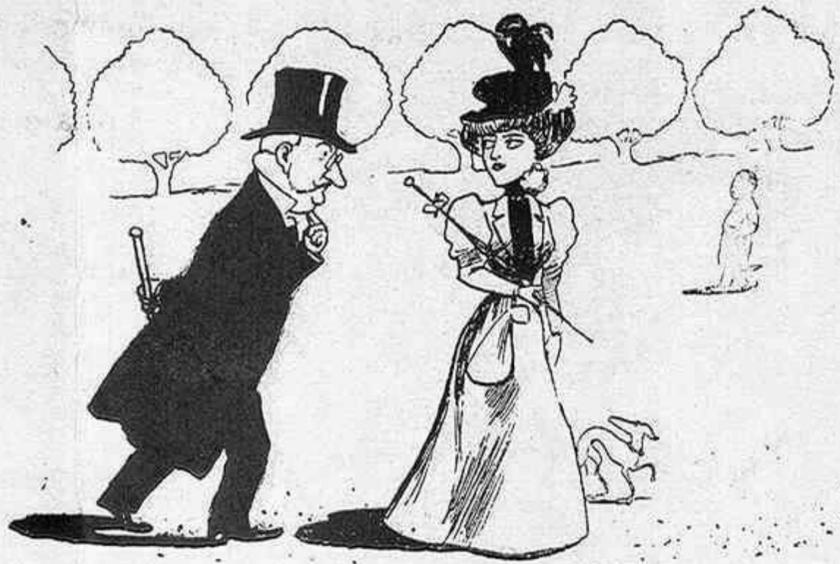
No jures como una loca,
ni que me quieres me digas;
ni me des una esperanza
que no ha de verse cumplida.

Es el amor que me tienes
como de jabón la pompa,
que se deshace al momento
cuando viene otro y la sopla.

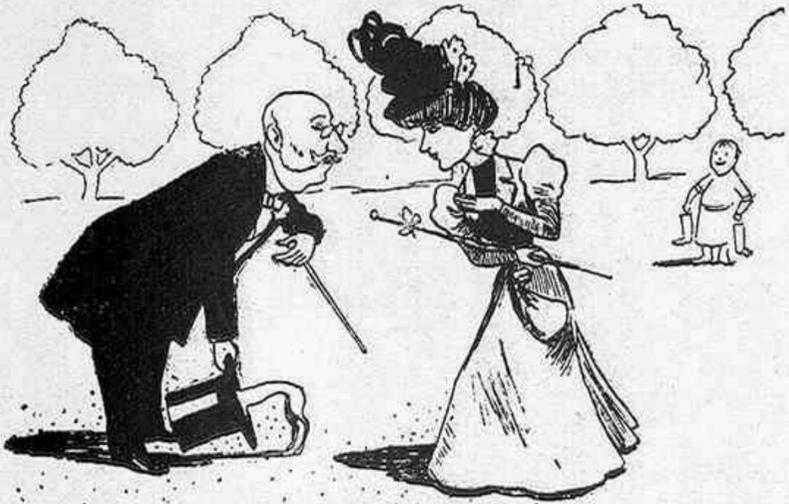
LUIS DEL ARCO



1.—¡Hermosa mujer!



2.—¡Señora!

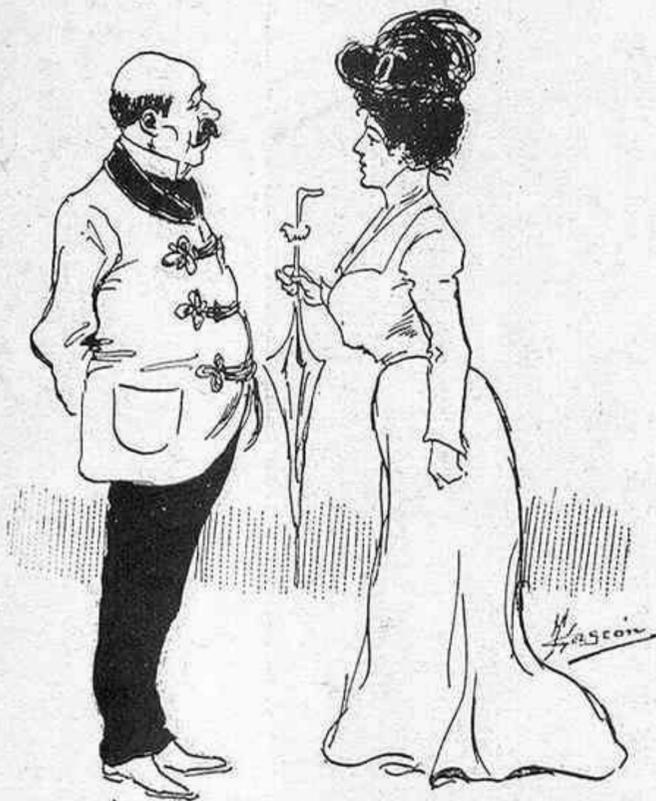


3.—Caballero, creo que se ha equivocado usted.
—¡Señora, usted perdone!



4.—¡.....!

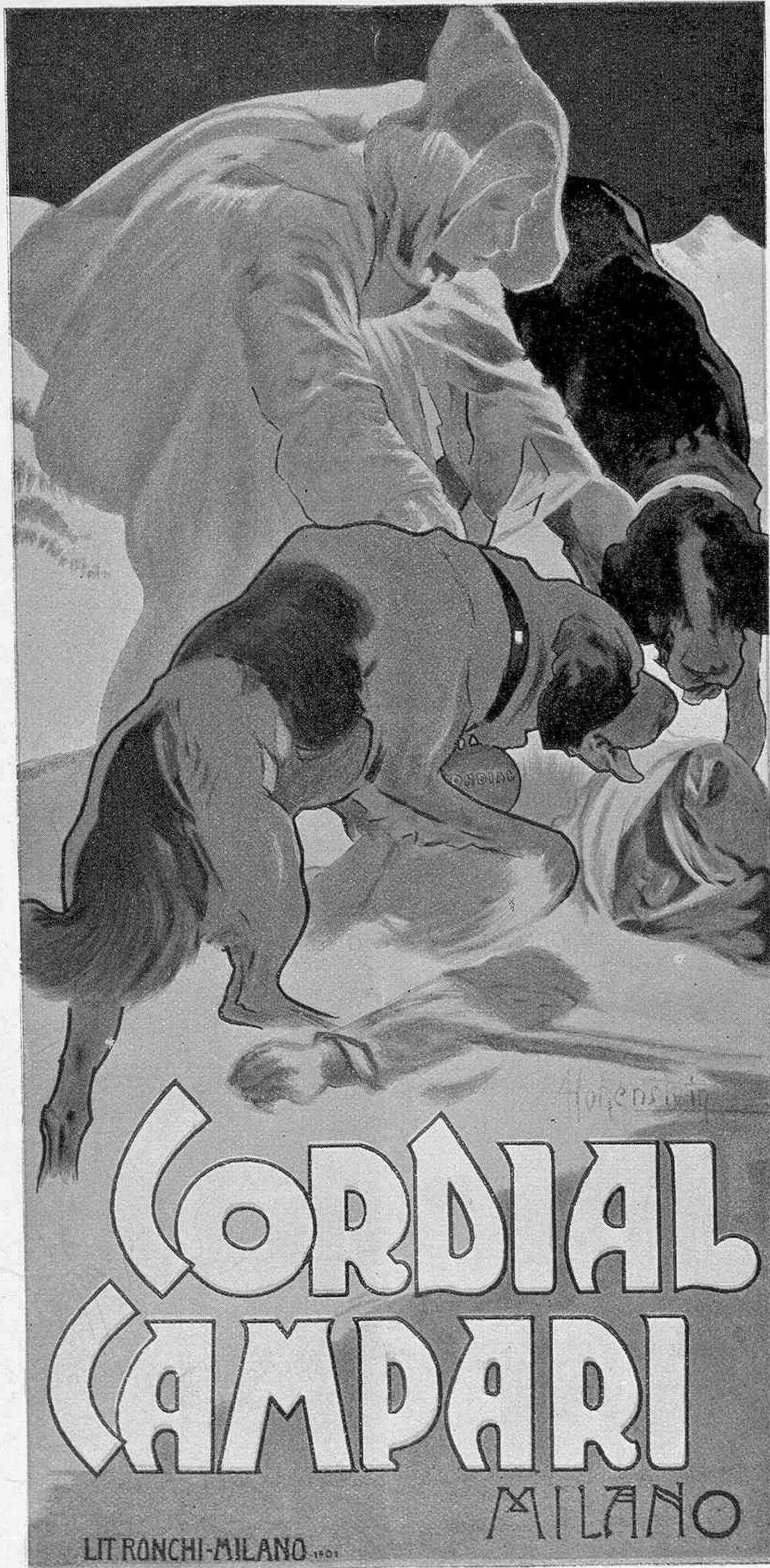
MISCELÁNEA; por T. Gascón.



—Doctor: deseo salir hoy mismo para un balneario,
y vengo á consultarle.
—¿Sobre qué enfermedad?
—Quisiera saber qué enfermedad se necesita para
ir á Santa Agueda.



—Pero tú, ¿quieres á Adolfo?
—¡No he de quererle! Si es mi primer amor.
—¿Por orden alfabético?



SERIE 2.^a

Núm. 19